

JUEGOS Y EDUCACIÓN EN ALGUNAS REVISTAS INFANTILES MADRILEÑAS DE MEDIADOS DEL SIGLO XIX

COLETTE RABATÉ
Universidad de Tours

Introducción

BIEN se sabe que uno de los temas de predilección de los ilustrados es la Educación, y más particularmente la de los niños, que ocupa un lugar destacado en los papeles periódicos de finales del siglo XVIII. Sin embargo, en aquella época, no existen revistas especialmente dedicadas a la infancia y los artículos educativos se dirigen ante todo a los padres o a los maestros y preceptores. Tan sólo la reseña de los libros, en el *Semanario Económico* de 1767, recomienda una edición del *Almagacén de los niños*, traducción de una obra francesa de Madame de Beaumont, o el *Atlas de los niños (...)*, «abreviado compendio de Geografía»¹.

Por el contrario, en el siglo XIX, y particularmente a partir de la década de los 40, aparecen unas revistas especialmente dedicadas a la niñez, como lo indican sus títulos. En Madrid, salen a luz varias publicaciones infantiles tales como: *El Mentor de la Infancia* (1843-45), desde luego, *El Museo de los Niños* (1847-50), el *Mentor de las Familias* (1849-51), *La Aurora* (1851-52), y en 1857-58 *La Educación Pintoresca*². El objetivo de tales revistas es claramente didáctico, y los temas tratados revelan el deseo de enriquecer, fuera de la escuela primaria, los conocimientos de los jóvenes colegiales en unos dominios tan variados como Geografía, Historia, Ciencias, Astrología, Historia Sagrada, etc.

Pero, no sólo se trata de completar la enseñanza de los educandos; en efecto, los autores de estas revistas quieren también recrear y divertir de manera amena a sus jóvenes lectores, sea por unos cuentos —la mayoría de las veces moralizadores y edificantes—, sea por numerosos artículos consagrados a sus pasatiempos fa-

¹ LABRADOR HERRÁEZ, C., DE PABLO RAMÍREZ, C., *La Educación en los papeles periódicos de la Ilustración Española*, Madrid, Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, C.I.D.E., 1989, p. 55.

² Datos recopilados en *Catálogo de Publicaciones madrileñas*, Madrid, Blaso, S.A., Tipográficas, 1929, 235 p. Las revistas citadas que consultamos en la Biblioteca Nacional de Madrid son las que sirvieron de base a nuestro estudio, además de la serie completa del *Semanario Pintoresco Español* de 1836 a 1857.

voritos. De ahí, se nota una multiplicación de artículos en las revistas citadas que explican, comentan, analizan los diferentes juegos infantiles.

Verdad es que en un sistema educativo más bien apremiante para los niños, no es extraño que la necesidad de recreo se haga cada vez más imprescindible. Los consejos a los maestros presentados por la *Gaceta de Madrid* sugieren cuán penoso podía resultar la vida de un joven alumno en aquel entonces y recomiendan unas diversiones para que el trabajo escolar sea más eficaz:

«Exigir que un niño de seis años pase tres horas silabeando o leyendo, sin lugar ni distraerse, en un empeño quimérico, que ningún maestro racional debe proponerse»³.

Sin embargo, esta preocupación por una educación más adecuada a la idiosincrasia de los niños no bastaría para explicar la afición a los entretenimientos infantiles y su boga. No cabe duda de que, para los padres y los educadores, el juego se incluye dentro de las preocupaciones educativas, y por lo tanto, trataremos de estudiar su papel y su importancia para la formación moral e intelectual del joven de aquella época.

I. La educación a mediados del siglo XIX: la herencia de los ilustrados

En el siglo XVIII, el interés muy marcado por la Educación se traduce por numerosas tentativas de definición de ese concepto, entre las cuales podemos destacar una de las más significativas que aparece en una de las *Cartas al Conde* del *Correo de Madrid* de 1790:

«Educar es el arte de formar al hombre de modo que cultivando sus buenas cualidades y corrigiendo las malas por otras que le sean contrarias, se pueda sacar partido de unas y otras, para hacerle más necesario, más útil y más agradable en cuanto pueda, a sí mismo, a su familia, a la sociedad, al Estado y a la Humanidad»⁴.

Como lo notamos, esta educación que no sólo es patrimonio exclusivo de la niñez, es ante todo moral y social y supone el respeto de una regla de urbanidad y de vida en sociedad; sin embargo, es indisociable de la enseñanza que «en orden a los diferentes fines que se propone, lleva por *objeto, lo físico, lo moral, lo civil, y lo literario*»⁵.

Durante la primera mitad del siglo XIX, esta concepción de la educación no sufre muchos cambios, y la pregunta de un artículo titulado «¿Qué es educación?» del *Semanario Pintoresco Español*, de 1837, sólo añade una distinción entre tres clases de educación: «... la educación profesional (...), la educación moral y política (...) y la educación religiosa»⁶.

Claro está que la enseñanza se dirige ante todo a la niñez, pero sigue siendo útil y provechosa en cualquier época de la vida. La definición de la primera pági-

³ Véase DÍAZ PLAJA, F., *La vida cotidiana en la España romántica*, Madrid, Editorial EDAF, 1993, p. 140.

⁴ *La educación en los papeles periódicos*, op. cit., p. 73.

⁵ *Ibid.*, p. 76.

⁶ *Semanario Pintoresco Español*, 1837, n.º 63, p. 177.

na de la *Educación Pintoresca* de 1857, recalca su carácter moral y la presenta como un esfuerzo de cada instante y permanente:

«Todo cuanto eleva nuestra conciencia, dirige nuestros afectos, forma nuestras costumbres, y extiende nuestra inteligencia, es educación. Nuestra inteligencia no está limitada á una sola época de nuestra vida: el hombre siempre tiene que aprender»⁷.

Además, la educación no sólo debe ser obra de los maestros y de los preceptores; su responsabilidad incumbe principalmente a los padres, incitados por numerosos tratados y escritos a no abandonar sus deberes y prerrogativas a los educadores. En un artículo del *Semanario Pintoresco Español* de 1836, consagrado a la «Educación doméstica», nos enteramos de que la educación dada a los niños fuera de casa, es sin duda alguna, «un gasto indispensable»⁸, pero los padres pueden sustituir en muchos casos a la escuela, lo que puede proporcionarles sustanciales ahorros. Pero no sólo se trata de una cuestión de dinero, sino de eficacia y de sentido común.

«Por otra parte, muchos artículos de la educación que necesitan los hijos pueden ser desempeñados por los mismos padres. ¿qué inconveniente hay en que estos lo enseñen á leer, á contar...?»⁹»

Esta insistencia acerca del papel de la familia, y más particularmente de la madre, presentada muy a menudo como «el mejor ayo del niño», se transparenta en la concepción de las revistas infantiles que empiezan a aparecer en la década de los 40. Los padres tienen un papel cada vez más activo para difundir el conocimiento a sus hijos; además, empiezan a ser conscientes de su tarea de educadores, como lo ilustra la portada del Tomo Primero del *Mentor de la Infancia* de 1843, que anuncia que la obra es fomentada por una «sociedad de padres de familia».

Por lo tanto, se hace evidente que la educación reclama tanto al intervención de la escuela como la de la familia. El niño se convierte en objeto de estudio; por eso, es interesante estudiar el valor que cobra esta palabra en los periódicos infantiles.

II. Definición del concepto de niño

Si nos fijamos en la definición presentada por el *Diccionario de Autoridades*, podemos leer que la niñez es «la edad de los niños hasta los siete años: y por el común modo de hablar se extiende hasta la juventud», o sea hasta los catorce años, según el mismo diccionario. La introducción al *Curso de Educación para las Niñas* de 1844 confirma tal concepción, ya que los autores afirman que la obra «reúne cuanto debe saber una señorita cuando sale de la adolescencia»¹⁰.

⁷ *La educación pintoresca*, Madrid, Imprenta de M. de Campo Redondo, t. I, 1857, p. 1.

⁸ *Semanario Pintoresco Español*, 1836, n.º 28, p. 229.

⁹ *Ibid.*, p. 229

¹⁰ *Curso de Educación para las niñas*, Madrid, 1844, p. 2. En la misma obra, aparece muchas veces una confusión entre niñas y jóvenes; Lo confirma la advertencia siguiente: «Así las jóvenes á quienes nos dirigimos saben ya leer y escribir y los elementos de nuestra religión.» (*Ibid.*, p. 2

Se nota a menudo una asimilación entre niño y muchacho como lo ilustra el *El Museo de los Niños*. Este desliz hacia la adolescencia y más allá, aparece claramente en la introducción de esta misma revista cuando se dirige a los futuros lectores de ambos sexos en estos términos:

«Este MUSEO lo dedicamos á los NIÑOS, designando con esta palabra genérica, no solo las distintas edades de la juventud, sino los diferentes sexos»¹¹.

De todas formas, cualesquiera que sean los sentidos abarcados por la palabra niño, es evidente la voluntad de dirigirse al público más amplio posible. No obstante, si nos fijamos en unos datos de 1860 a propósito del nivel educativo en aquella época, es obvio que estas revistas sólo podían influir en un número muy reducido de chicos, ya que el 70,73% de la población de 7 y más años no sabía leer ni escribir¹².

III. Los juegos en la educación y en las revistas infantiles

Durante el Siglo de las Luces, el afán de los educadores por enseñar es tal que el juego, por inútil, parece completamente rechazado de la educación, y merece poca atención por parte de la prensa como lo sugiere este juicio:

«No se halla en la prensa ninguna referencia al juego como valor para el desarrollo del cuerpo y de la mente. Era más fácil contemplarlo como medio de esparcimiento y de diversión de los niños y jóvenes, que como medio de instrucción, o al menos de educación, en un sentido más general. (...) Entonces, no se concebía que todas las energías que derrocha la vitalidad de los jóvenes pudieran ser conducidas hacia su proio perfeccionamiento»¹³.

Por el contrario, a mediados del siglo XIX, el desprecio y la indiferencia frente a las diversiones infantiles dejan sitio a una defensa cada vez más importante del recreo, considerado como indispensable y esencial. Así, *El Museo de los Niños* presenta un verdadero alegato a favor del juego y condena a quienes lo rechazan por inútil y fútil. Por eso, se vale del ejemplo y de la fianza del pasado y de la religión:

«A pesar de lo útil que es el juego comedido para el desarrollo de los niños, cosa reconocida por los antiguos y los modernos, no han faltado autores excesivamente escrupulosos que le hayan condenado, cayendo en una ridiculez imperdonable puesto que lo han hecho sin consultar con los sagrados libros, en cuyo caso no hubieran sido tan indiscretos»¹⁴.

¹¹ *El Museo de los Niños*, Madrid, Imp. Tip. de Mellado, 1847, tomo I, p. 1. Esta precisión no impide otra diferenciación entre niños y muchachos. Véase el tomo IV, p. 132-133.

¹² «Educación y proceso revolucionario español» in *Classes populaires, cultures, education XIX, XX^e siècles*. Casa de Velázquez, UNED, Madrid, 1989, p. 79.

¹³ *La educación en los papeles periódicos*, op. cit, p. 123.

¹⁴ *El Museo de los Niños*, tomo II, p. 360.

Los argumentos usados para subrayar lo indispensable y natural del juego tienen su punto de arranque en las necesidades intelectuales y sobre todo físicas de la niñez. El movimiento es inseparable de la juventud, y además, contribuye a su buena salud y a su equilibrio.

«Los niños no deben estar casi nunca sentados; deben correr, brincar, saltar, bailar, arrastrarse por el suelo y rodar por los céspedes. Es necesario que los padres se presten de buena voluntad á sus entretenimientos, á sus ruidos, á su algaraza...»¹⁵.

Sin embargo, los padres deben mostrarse siempre vigilantes y comedidos ya que los juegos demasiado violentos y físicos pueden resultar peligrosos:

«Es indispensable dejar jugar á los niños porque así lo requiere su edad y además porque es una medida higiénica, pero aun en sus entretenimientos y sus recreos se les debe vigilar»¹⁶.

Además, el juego contribuye al equilibrio mental del joven, ya que le permite ejercitar dos cualidades que Ramón de Satorres presenta como esenciales en el *Semanario Pintoresco Español* de 1852: «la imaginación y la sensibilidad o pasión»¹⁷.

De hecho, las revistas que se interesan por la educación infantil, destacan casi todas lo benéfico y saludable del juego, pero algunas no dejan de presentar unas críticas que estriban en la violencia, la agresividad que pueden generar ciertos juegos como los toros, la gallina ciega, el columpio, etc.¹⁸

Por lo general, el juicio acerca de los juegos es positivo ya que representan como una tregua y «permiten reparar las fuerzas del entendimiento» y sirven de «justo desahogo después del trabajo»¹⁹.

Pero, así como el término niño, el concepto del juego toma diferentes valores según las revistas y el contexto. El juego no sólo aparece como un pasatiempo; interviene durante la celebración de las fiestas religiosas —por ejemplo las de Navidad— con la preparación del belén. En otros casos el juego no es más que una burla que se gasta a los demás: Así, en el *El Museo de los Niños*, B. S. Castellanos coloca las costumbres del «bobo» y de «hacer la mamola» al mismo tiempo entre las burletas y los juegos ya que «estas dos diversiones dan lugar a unas apuestas»²⁰.

Por lo tanto, cuanto corresponde al «espíritu de diversión de los niños»²¹ y se hace con unas reglas precisas puede llamarse juego. Pero éste se traduce al mismo

¹⁵ *El Mentor de las Familias*, Madrid, Imprenta de Don J. M. Alonso, tomo III, 1851, p. 69.

¹⁶ *Ibid.*, p. 135.

¹⁷ *Semanario Pintoresco Español*, 152, p. 227.

¹⁸ Véanse varios capítulos de *El Mentor de la infancia*, Madrid, Establecimiento Tipográfico, tomo I, 1843, p. 43-44, 75-76, 111.

¹⁹ *La Aurora*, Imprenta de A. Vicente, tomo I, 1851, p. 62.

²⁰ *El Museo de los Niños*, tomo IV, p. 44. «En el juego del bobo se acercan al que van á chasquear teniéndole en aquel caso por el bobo, y contándole un sucedido o anécdota que llame su atención hácia un punto que le designan, procuran cogerle el pañuelo del bolsillo ú otra cosa (...) á fin de hacerle pasar un rato de cuidado y probarle que es bobo...». En cuanto a «a mamola», consiste en incitar a los niños a mirar el cielo y luego en: «hacerles cosquillejas en la garganta» para que se rían.

²¹ *Ibid.*, tomo IV, p. 362.

tiempo la supervivencia de unas costumbres, la práctica de los buenos modales, de las reglas de urbanidad²².

En conclusión, casi todas las actividades infantiles presentadas como juegos ofrecen unos puntos comunes: un sorteo en muchos casos (con las chinas), unas reglas bien establecidas y que parecen inmutables, la noción de «combate» con la presencia final de un vencedor y un vencido. En realidad, la rigidez no es más que aparente y numerosos artículos sugieren variantes que traducen la fertilidad de la imaginación de los chicos.

Un examen de los numerosos juegos presentados por las revistas citadas, y más particularmente por el *El Museo de los Niños*, permite repartirlos en dos grandes categorías según el lugar donde se desarrollan. Los más importantes y variados son los que se practican al aire libre y que aparecen bajo el nombre de «juego de ejercicio». Muchas veces se emparentan con la «gimnástica» que empezaba a cobrar auge a mediados del siglo. Entre estas actividades, unas necesitan el uso de un juguete (cuerda, aro, pelota, tejos, etc.), mientras que otras se practican con el concurso de los que ofrece la naturaleza y según las estaciones. En *La Educación Pintoresca*, por ejemplo, los juegos o ejercicios físicos se relacionan, sea con el invierno, (patinar, tirar bolas de nieve, etc), sea con el verano, (la natación, los paseos en barco, etc), y sobre todo con la primavera, época privilegiada para cazar mariposas, cultivar flores...²³.

No es extraño que la mayoría de los juegos infantiles se practiquen al aire libre, ya que *El Semanario Pintoresco Español* de 1837 afirma rotundamente: «los ejercicios activos son muy necesarios a la infancia, los sedentarios son nocivos»²⁴.

En cuanto a la segunda gran categoría de pasatiempos, se practica dentro de la casa y corresponde a los denominados «juegos de imaginación, de instrucción». En este caso, se usan la linterna mágica, los pitones, ciertos juegos de prendas y acertijos, las muñecas, etc. y hasta se propone la formación de un mapa. Algunas veces, el hecho de practicar ejercicio físico no impide la instrucción, como la muestra Joaquina García Balmaseda, a modo de moraleja, en un relato escrito en *La Educación Pintoresca*. He aquí la reacción de dos niñas cuando se percatan de los perjuicios de la ignorancia, incluso en los juegos.:

«Desde aquel día rogaron a su papá que fuera enseñándoles á leer y que les esplicase algo de Historia y Geografía, convencidas como lo estaban, de que la instrucción es necesaria hasta para los más frívolos entretenimientos»²⁵.

La distinción entre juegos masculinos y femeninos, bastante poco marcada en la primera infancia, va acusándose conforme los niños cumplen años, como lo afirma *La Aurora*:

²² Véase por ejemplo, el juego «echar pelillos a la mar» transmitido según B. S. Castellanos de generación en generación y que corresponde también a una expresión de la lengua coloquial (*Ibid.*, tomo IV, p. 72).

²³ *La educación pintoresca*, tomo I, n.º 7, p. 74.

²⁴ *Semanario Pintoresco Español*, 1837, n.º 49, p. 84.

²⁵ *La educación pintoresca*, tomo III, p. 120.

«En la primera edad, los juegos de los niños y niñas son los mismos, pero á los cinco o seis años van separándose las niñas para entretenerse bien en los juegos propios de su sexo, bien modificando los que son comunes a los dos sexos²⁶.

Este interés por los juegos, a veces íntimamente relacionados con las costumbres, como lo subraya *El Museo de los Niños*, revela que los educadores y padres de mediados del siglo XIX otorgan una importancia y un papel al juego que va mucho más allá del mero pasatiempo. En realidad, éste es uno de los componentes de la educación y permite desarrollar ciertas facultades en el niño, sin que éste se aburra y sin perjudicar su equilibrio físico y sobre todo el mental. Así, *El Semanario Pintoresco* aconseja andar con prudencia para completar la enseñanza de un niño y preconiza la presentación del trabajo bajo una forma amena y festiva:

«Anticipando los trabajos de la imaginación, se consigue destruir la salud de los niños. Presentadles el trabajo bajo la forma de recreo, que los juegos del espíritu se interpolen con los del cuerpo»²⁷.

Así, aparece cada vez con más claridad el valor didáctico y formador del juego; podemos preguntarnos en qué medida contribuye a la formación del futuro hombre y qué aspectos de su personalidad revela y desarrolla más particularmente.

IV. Papel educativo de los juegos en las revistas infantiles

Al observar las diferentes formas de recreos infantiles en las revistas, podemos asociarlas con los tipos de educación comunmente distinguidos a mediados del siglo XIX: educación física, moral, religiosa e intelectual.

* La educación física o gimnasia

Como ya lo advertimos, la mayoría de los pasatiempos de los muchachos se verifican al aire libre; por lo tanto, no es extraño que muchos juegos contribuyan a su desarrollo físico.

Ya desde el siglo XVIII, la «educación física» empieza a recibir el asentimiento de los educadores que tratan de «no omitir ninguno de cuantos cuidados exigen el cuerpo y la salud»²⁸. Pero, a mediados del siglo XIX, se considera aún esta actividad con recelo y a pesar de su introducción en la educación pública, suscita siempre oposiciones y reservas. Un artículo del *Semanario Pintoresco* de 1846, defiende con ahínco esta actividad oponiéndose a los:

«obstinados ó ignorantes (que) no han querido ver, ó no han visto en efecto en los ejercicios gimnásticos mas que pasatiempos ridículos, brincos pueriles, actitudes arriesgadas, juegos en fin de fuerza o agilidad, que escitan la admiración de los espectadores, sin utilidad alguna positiva a los atletas ó volatines»²⁹.

²⁶ *La Aurora*, tomo I, p. 62.

²⁷ *Semanario Pintoresco Español*, 1837, n.º 49, p. 84.

²⁸ *La educación en los papeles periódicos*, op. cit, p. 77.

²⁹ *Semanario Pintoresco Español*, 1846, n.º 22, p. 174.

Los juegos al aire libre constituyen así una manera de desarrollar el cuerpo para los dos sexos, como los afirma Fernán Caballero en *La Educación Pintoresca*:

«Para vosotros, niños míos, son los juegos una casi necesidad no solo porque aun no sabéis emplear de otro modo vuestro tiempo, sino también porque al desarrollarse la naturaleza, necesita dar ejercicio a vuestros músculos y ensanche a vuestros pulmones»³⁰.

Entre los juegos que proporcionan fuerza, agilidad, robustez al cuerpo, los más conocidos y practicados son: el *columpio*, que debe usarse con prudencia, *el salto de la mula* o *fil derecho*, *la gran cuerda* o *la comba*, muy útil para las niñas ya que les permite adquirir gracia y rapidez, pero de reciente introducción³¹. En cuanto a *la gallina ciega*, es también una ocasión para hacer ejercicio, «avivando el ingenio»³². *El escondite*, con sus innumerables variantes tales como «*el salsalero*», «*el quiquiriqui*», «*el zarzabuco*» y el «*A te veo*»³³ es uno de los más apreciados a cualquier edad; favorece también la agilidad y revela la mayor o menor viveza de la imaginación de los niños. El manejo de la *pelota*, conviene más bien a la fuerza de los muchachos mientras que *el volante* puede ser usado por las chicas.

Sin embargo, existen juegos aún más específicos de cada sexo. Para los niños, destaca el de *los toros* que, practicado con moderación y sin demasiada violencia:

«Es útil y salúfero, porque da fuerza y robustez al cuerpo y alegría y desenvoltura al ánimo y sobre todo es juego español»³⁴.

El juego de *la carrera* forma también parte de los ejercicios gimnásticos recomendados para los chicos así como el de «*poner pies en pared*»³⁶. En cuanto al *milano*,³⁶ es más bien un juego de niñas, aunque suelen practicarlo los muchachos bajo otros nombres como «*San Miguel*» o «*el diablo*». En estos casos, es otra forma del escondite y es considerado como juego «estratégico»³⁷.

El aro, con una variante, «*la gracia*», que consiste en echar un aro al aire y recogerlo con «dos bastones cortos», puede contribuir al buen desarrollo de las niñas y como no presenta muchos peligros, las madres pueden recomendar esta actividad³⁸. También se podrían añadir «*A la pata coja*» o «*la coscogita*» y otros muchos... como *tirar de una cuerda* que en ciertas ocasiones toma el nombre de «llevar el gato al agua», como lo señala *El Museo de los Niños*.

Es de notar por fin que ciertos juegos presentados por *La Educación Pintoresca* e ilustrados con una lámina se relacionan directamente con el deporte y la gimna-

³⁰ *La educación pintoresca*, tomo I, p. 246-247.

³¹ En *El Mentor de la Infancia*, una de las niñas afirma: «No hace mucho tiempo que el ejercicio de la cuerda forma parte de las recreaciones permitidas á nuestro sexo» (tomo I, p. 236).

³² *La educación pintoresca*, tomo I, p. 74.

³³ *El Museo de los Niños*, tomo III, p. 178-179. Las variantes corresponden, como lo explica B. S. Castellanos, a la letra de las canciones ejecutadas por los niños en estas ocasiones.

³⁴ *El Mentor de la Infancia*, tomo I, p. 44.

³⁵ *El Museo de los Niños*, tomo IV, p. 102.

³⁶ *El Mentor de la Infancia*, tomo I, p. 27.

³⁷ *El Museo de los Niños*, tomo III, p. 180.

³⁸ *La educación pintoresca*, tomo II, p. 26.

sia: Se trata del *patinar, la natación, «los paseos por el agua, acostumbrados los niños a manejar los remos»*³⁹.

En resumidas cuentas, esta serie de juegos físicos corresponde al cuidado por la salud y el bienestar de los muchachos y es una ilustración más de una gran preocupación por una mejor higiene de vida. Si nos fiamos de los artículos de las diferentes revistas consultadas es también evidente el apego de los educadores al desarrollo mental de los pequeños practicantes ya que:

«Todos son necesarios en esos inquietos séres que empiezan á ejercitar sus fuerzas, su agilidad y su imaginación»⁴⁰.

* Juegos de educación moral

Si es obvio que los juegos de «recreo y ejercicio» ocupan una gran parte del tiempo libre de los chicos, una segunda categoría de pasatiempos da lugar a numerosos comentarios y recomendaciones de los educadores y acusa más las diferencias entre los dos sexos.

Se trata de los juegos que contribuyen a una formación moral de los niños y que corresponden a menudo al deseo de imitar a los mayores recalcado por varios artículos:

«Los muchachos ordenan sus juegos con el ímpetu y travesura que les es natural en su edad, y por lo tanto muchos de ellos les son naturales (...), pero á pesar de esta verdad, son grandes imitadores de los mayores»⁴¹.

Los educadores pueden entonces aprovechar esta inclinación a imitar a los adultos para darles verdaderas clases de urbanidad y de vida en sociedad. Así, en un cuento de Joaquina García Balmaseda, las niñas manifiestan la intención de jugar a «las visitas»; esto ofrece un pretexto inesperado a la madre para que les enseñe el perfecto respeto de las reglas de la vida social: la manera de tratar a la criada, de preparar la comida, de comer, de mostrarse bien educado, etc. Es la verdadera formación de una futura ama de casa y como lo significa la madre:

«Aun jugando, hija mía, se debe procurar la perfección, y mas divertido os parecerá vuestro juego cuanto mas se asemeje a la verdad»⁴².

El alcance claramente didáctico y formador del juego viene puntualizado por otra reflexión otra vez moralizadora de la madre que declara, a modo de sentencia:

«(...) se adquieren buenos hábitos desde la infancia y no cuesta mas aprender los buenos que los malos»⁴³.

Otros juegos son también una imitación directa del mundo de los adultos y de sus instituciones políticas y judiciales: son los descritos por B. S. Castellanos y lla-

³⁹ *Ibid.*, tomo II, p. 198.

⁴⁰ *Ibid.*, tomo I, p. 73.

⁴¹ *El Museo de los Niños*, tomo II, p. 362.

⁴² *Ibid.*, tomo III, p. 221.

⁴³ *Ibid.*, tomo I, p. 236.

mados «del rey», «de los jueces». Tales ocupaciones pueden contribuir a la formación del futuro ciudadano, ya que satisfacen unas tendencias eminentemente humanas o sea «la inclinación del hombre al mando y á sujetar a los demás a su voluntad»⁴⁴. Con este tipo de juego, los chicos aprenden las reglas de vida social e incluso política; además satisfacen su instinto de mando y de poder. Pero es imprescindible que los niños sepan controlar sus impulsos y que repriman un deseo de dominar que puede resultar peligroso para los demás. Por eso, B. S. Castellanos concluye, poniendo de relieve el papel de guía de los educadores para que los muchachos actúen con tino:

«(...) debe cuidarse de modificar estas ideas en el corazón de los niños, llamándoles al imperio de la razón por medio de la educación»⁴⁵.

Pero, si es necesario combatir esta natural inclinación del niño a dominar, conviene sin embargo no prohibirle ciertos juegos «bélicos» que pueden iniciar o completar su formación de futuro ciudadano. El expediente de apertura de una «casa de educación» en Madrid afirma:

«La primera obligación de un ciudadano es defender su patria; por tanto, las evoluciones militares deben ser entre nosotros, como lo fueron en los pueblos libres de la antigüedad, una parte esencial de la educación. Su estudio se hará en las horas de recreo, y como un juego que, a semejanza de los demás propios de su edad, contribuirá a robustecerles, y al mismo tiempo les acostumbrará a presentarse con soltura y elegancia»⁴⁶.

Entre las diversiones que mezclan lo violento con lo formador pertenecen las actividades llamadas «*los bandos*» o «*daca la china*», pero este entrenamiento a la lucha y a la contienda tiene también sus detractores. Una vez más, B. S. Castellanos en *El Museo de los Niños* pone en tela de juicio este tipo de juego que estimula el orgullo del hombre y que hasta puede provocar «su destrucción y la de sus semejantes»⁴⁷

En cambio, el «*juego del soldado*», que revela «el ingenio belicoso de los altivos y bravos españoles»⁴⁸, merece una apreciación menos severa e intransigente por parte del mismo autor, ya que corresponde, según él, al carácter del español, quien, celoso de su pundonor, «ni en la cuna aguanta que nadie le insulte ni ultraje impunemente». Sin embargo, existen ocupaciones menos peligrosas y más pacíficas, capaces de descargar la agresividad del niño de manera indirecta pero tan eficaz; por ejemplo, se trata de destruir unos «*castillos de naipes*».

Ya podemos advertir que la mayoría de los juegos evocados hasta ahora se dirigen casi exclusivamente a los niños. No obstante, las niñas no quedan olvidadas. La aprobación unánime de «*las muñecas*» nos recuerda que: (...) no sólo son

⁴⁴ *El Museo de los Niños*, tomo IV, p. 100.

⁴⁵ *Ibid.*, tomo IV, p. 100.

⁴⁶ SIMÓN PALMER, MARÍA DEL CARMEN, *La enseñanza privada seglar en Madrid (1820-1860)*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1972, p. 178.

⁴⁷ *El Museo de los Niños*, tomo III, p. 296.

⁴⁸ *Ibid.*, tomo IV, p. 101.

un juguete sin un instrumento de estudio y aprendizaje para las niñas aplicadas y laboriosas»⁴⁹. Al divertirse con ellas, la chica va a «despertar en su alma todas las virtudes de la madre de familia»⁵⁰ y va a desarrollar todas las cualidades propias de la mujer: ternura, suavidad, abnegación. Además, como las chicas tratan de hacer los vestidos de sus muñecas, aprenden así sin esfuerzo a cortar, coser, lo que les resultará muy útil en su futura de vida de ama de casa. La muñeca es pues el juguete educativo por excelencia desde la más tierna infancia hasta la adolescencia:

«(...) de suerte que las muñecas tienen la virtud de entretenerlas en su cuna, de divertir las poco despues, y de servir á su instrucción cuando mayorcitas»⁵¹.

A veces, hasta el aprendizaje de las tradicionales «labores femeninas» —sin duda un poco pesadas—, aparece entre los juegos aconsejados para las chicas como lo señala el *Curso de Educación para las Niñas* en 1844.

* Juegos de educación religiosa

Al aludir a los diges que poseen los nenes y que algunas veces les sirven de juguetes «para ir dando elasticidad a sus tiernos bracitos», B. S. Castellanos aconseja a las madres que rechacen ciertas creencias populares y que no confundan religión y supersticiones cuando regalan ciertos juguetes a los nenes:

«(...) que sólo pueden tolerarse cuando se les ponga a los niños para que les sirvan de entretenimiento (...) y de manera alguna cuando se les atribuyan virtudes supersticiosas»⁵².

Pero, en este caso, el artículo y la advertencia no se dirigen a los niños sino a sus madres. En cambio, *el aro* y *la perinola*, que podrían aparecer como juguetes sencillos y comunes, vienen presentados como puras manifestaciones de la existencia divina por su forma redonda. Según B. S. Castellanos los dos son:

«símbolo el uno de la unidad y omnipotencia de Dios que no tiene principio ni fin, (...) y atributo la segunda de la debilidad humana»⁵³.

Así pues, el escritor convierte este juego de entretenimiento en un pretexto para una reflexión casi mística, muy poco apropiada a la mentalidad infantil. El juicio final acerca de estos dos juegos subraya su alcance moral y religioso y puede resultarnos sorprendente:

«No parece sino que al inspirar Dios estos juegos á los niños quiso enseñarles su primer deber, que es el de honrarle y conocer su misericordia»⁵⁴.

⁴⁹ *El Mentor de la Infancia*, tomo I, p. 59.

⁵⁰ *La educación pintoresca*, tomo III, p. 249.

⁵¹ *El Museo de los Niños*, tomo III, p. 10.

⁵² *Ibid.*, tomo III, p. 330.

⁵³ *Ibid.*, tomo III, p. 205.

⁵⁴ *Ibid.*, tomo III, p. 205.

En ciertas circunstancias, los juegos inspirados por la Historia Sagrada son muy benéficos para la instrucción religiosa. En la época de Navidad por ejemplo, los padres tienen un papel activo que desempeñar, pues, la construcción de los nacimientos les permitirá presentar a sus hijos la historia de Cristo:

«... para que se arraigue en sus tiernos corazones el amor de Dios y la gratitud á sus grandes beneficios»⁵⁵.

En este caso, el juego interviene directamente en la educación religiosa, pero, en otras ocasiones, permite que los muchachos practiquen unas virtudes eminentemente cristianas como el perdón. A propósito del comentario del juego llamado «*echar pelillos a la mar*», que ha pasado a ser una expresión de la lengua popular con el sentido de olvidar una disputa, una riña, B. S. Castellanos termina su evocación casi como hiciera un sermón pues afirma:

«no hay cosa mas moral y cristiana que perdonar las ofensas y olvidarlas, y vivir en paz con nuestros semejantes»⁵⁶.

Lo cierto es que esto refleja una preocupación muy viva por la enseñanza religiosa en aquella época; esta frase del *Semanario Pintoresco Español* que considera como indispensable que «se enseñe al niño sus deberes hacia la divinidad»⁵⁷ bastaría para confirmarlo.

* Juegos de formación intelectual

La descripción de ciertos ejercicios físicos recalca también su capacidad para estimular unas cualidades mentales como la astucia, la rapidez, la invención, la presencia de ánimo, la iniciativa personal, etc. Sin embargo, otras actividades pueden ser aún más instructivas y lo ideal es que los niños consigan aprender muchas cosas «deleitándose».

Así, el juego de *las cuatro esquinas*, practicado no sólo por los jóvenes sino por los mayores, puede combinar el aspecto lúdico con la formación intelectual, si cada uno de los participantes representa «una parte del mundo ó un país cualquiera»⁵⁸ y tiene contestar rápidamente al muchacho que hace de viajero cuando hace una pregunta. Pero finalmente, tal juego viene a ser demasiado didáctico, pierde todo su encanto primitivo y hasta provoca la reacción de rechazo de uno de los participantes que afirma rotundamente:

«...arte ciencia hay en los libros sin que la busquemos también en los juegos»⁵⁹.

El interés muy grande por la Geografía aparece también entre los juegos de instrucción recomendados por *La Educación Pintoresca*, más particularmente «... muchos juegos de prendas y acertijos en los que mas se luce quien sabe más»⁶⁰.

⁵⁵ *Ibid.*, tomo IV, p. 22.

⁵⁶ *Ibid.*, tomo IV, p. 72.

⁵⁷ *Semanario Pintoresco Español*, 1837, n.º 63, p. 177.

⁵⁸ *La educación pintoresca*, tomo IV, p. 119.

⁵⁹ *Ibid.*, tomo IV, p. 119-120.

⁶⁰ *Ibid.*, tomo I, p. 75.

En realidad, se trata de favorecer la analicen entre los niños, su deseo de vencer a los demás, y de valerse de su amor propio para que aprendan sin esfuerzo y sin darse cuenta. En cuanto a *la linterna mágica*, que empieza a estar de moda, aparece a la vez como una diversión y un juego muy útil, con tal que los espectadores no se dejen engañar por la ilusión.

Otra actividad física puede permitir que los niños profundicen y ensanchen sus conocimientos sin notarlo apenas y de manera muy amena. Se trata de *los corros*, juego muy popular reservado ante todo a las niñas, que al mismo tiempo que proporciona una actividad física, da motivo a la interpretación de canciones, cuya letra puede recordar episodios de la historia española. Los cantos, además de desarrollar la voz y perfeccionar el oído y el gusto de las muchachas, les incitan a ejercitar su memoria. Así, cuando se acuerdan mediante la canción de ciertos episodios históricos, no sólo se cultivan, sino que pueden encontrar en ellos un ejemplo moral y edificante. Joaquina García Balmaseda recomienda por lo tanto a las niñas que aprendan la letra de algunas canciones que «encierran algún ejemplo de virtud que se grabará en vuestro corazón»⁶¹. Del mismo modo, Fernán Caballero, también en *La Educación Pintoresca*, ofrece a su jóvenes lectoras la letra de una canción que recoge tradiciones sevillanas⁶². Como en los numerosos cuentos firmados por esta escritora en esta misma revista, se transparenta un afán didáctico y edificante resumido por Carmen Brava Villasante en estos términos: «La moralidad y el deleite se aúnan en concierto equilibrado»⁶³.

Así pues, esta multiplicación de artículos sobre el juego en las revistas infantiles de mediados del siglo XIX obedece a unos deseos de los padres y educadores de completar la formación moral, intelectual y física que los chicos reciben en la escuela, por unas actividades lúdicas pero formadoras. No cabe duda de que lo ideal es cuando los niños que están jugando no se dan cuenta siquiera de que aprenden algo al mismo tiempo. Pero, a veces la presentación muy pormenorizada de los pasatiempos infantiles puede ser en sí misma otra manera de ampliar y enriquecer la cultura de los muchachos y da entonces lugar a una elaboración literaria.

V. El juego como motivo literario

En varias revistas literarias, la recopilación de los diferentes juegos practicados en España, empieza por una presentación a menudo muy erudita y completa de sus orígenes, su evolución, su desarrollo con una enumeración de todas las reglas. Estas largas descripciones que se encuentran sobre todo en las páginas de *El Museo de los Niños* y *El Mentor de la Infancia* pueden resultar a veces aburridas y poco adaptadas a los gustos y a la mentalidad de los niños. B. S. Castellanos, en uno de sus artículos del *Museo de los Niños* toma conciencia de lo arduo y un poco contraproducente de sus advertencias cuando afirma:

⁶¹ *Ibid.*, tomo IV, p. 215.

⁶² *Ibid.*, tomo I, p. 246-247.

⁶³ BRAVO VILLASANTE, C., *Historia de la literatura infantil*, Madrid, Editorial Doncel, 1959, p. 105.

«Mas noticias pudiéramos dar respecto a este juego (...), pero sería dilatar mucho el presente artículo y fatigar su imaginación con eruditas y áridas observaciones que aún no están en edad de apreciar en lo que valen»⁶⁴.

En efecto, al leer ciertas largas consideraciones y anécdotas sobre el origen griego y romano de ciertos juegos, tenemos la impresión de que los autores se dirigen más a un público adulto que infantil. Eso no puede extrañarnos mucho si recordamos que las revistas, aunque ideadas para los niños, se dirigen a toda la familia —e incluso a los maestros de escuela— como lo afirma por ejemplo la redacción de *El Mentor de la Infancia*:

«No se crea que el libro que hemos compuesto sirve solo para los niños. Hombres ya formados encontrarán en él noticias muy curiosas é historias (...) siendo un libro de lectura tan instructiva como entretenida para todos»⁶⁵.

Además de la evocación erudita, es obvio que la presentación de los juegos infantiles cobra un carácter costumbrista en la medida en que los autores se complacen en relacionar los juegos con las tradiciones y costumbres españolas de aquella época. En *El Museo de los Niños*, por ejemplo, el propósito del autor B. S. Castellanos está claramente expuesto ya que los juegos infantiles pertenecen a la rúbrica «Costumbres españolas». La índole costumbrista de sus relatos se nota por su deseo de colocar siempre los juegos dentro de los usos de su país; por otra parte, se esfuerza por unirlos con el origen de unas expresiones empleadas en la lengua popular española tales como: «echar pelillos al mar», «llevar el gato al agua» etc. Cuando describe los juegos del *papasal* y de las *monjitas*, su intención no es tan sólo recordar las reglas de tales diversiones, sino demostrar su relación con las tradiciones y hasta las supersticiones del pueblo⁶⁶.

El mismo autor hace casi de cronista cuando evoca los juegos de los muchachos y sus costumbres amorosas con el uso de las frutas, de las flores. También cuando B. S. Castellanos relata las costumbres de Navidad y las músicas con diferentes instrumentos, tales como la chicharra, el tamboril, el rabel, etc.⁶⁷, claro está que no desea enseñar las reglas de unos juegos sino recopilar y tal vez salvar del olvido unos usos que pueden desaparecer. De la misma manera, la descripción de los juegos del escondite y de una de sus variantes *el zarzabuco* vienen acompañados de la letra de las canciones cantadas en tal ocasión. Muchas veces, la evocación se matiza de emoción y es de suponer que la nostalgia del pasado que asoma

⁶⁴ *El Museo de los Niños*, tomo III, p. 105.

⁶⁵ *El Mentor de la Infancia*, tomo II, p. 3.

⁶⁶ *El Museo de los Niños*, tomo IV, p. 263-265. El *papasal* «es cierto juego con que se divierten los niños haciendo unas rayas en la ceniza, y que al que le yerra, se le da un castigo un golpecito con un paño de ceniza debajo de la barba, a cuyo paño llaman *Papasal*. En cuanto al juego de las *monjitas* consiste en encender «un papel á la luz de la vela (...) y dejándole que arda en el suelo ó sobre un plato, luego que queda reducido á pavesas, se ven en éstas unas chispitas de lumbre que se van muriendo unas tras otras, á las cuales llaman *monjitas* los muchachos». El escritor muestra luego cómo el juego se relaciona con costumbres y supersticiones: «Como las abuelitas y gente anciana estén en la persuasión de que los niños que andan encendiendo papeles se orinan sin sentirlo en la cama la noche que lo hacen, de esta opinión nace el que no dejen practicar frecuentemente este juego a los niños...».

⁶⁷ Véanse en la misma revista: tomo IV, p. 22-24, p. 133-135, p. 228-230, 265-267.

es de la de su propia niñez, pues afirma: «Recordar los juegos de la infancia es para el hombre sensible una satisfacción dulce y amarga á la vez»⁶⁸. El articulista quiere hacerse casi el historiador de los juegos y, en varias ocasiones, parece muy preocupado por la veracidad y autenticidad de los que está afirmando. Se dirige a sus lectores en estos términos:

«Si hallais alguna diferencia entre este mi método con el que vosotros useis, lo tengais ó por un punto de Historia que no sabiais, ó por una variante vuestra de que me habrá hecho olvidar el curso del tiempo»⁶⁹.

En conclusión, en este caso, la relación de los juegos no sólo traduce las preocupaciones educativas de su autor; también revela su propósito didáctico. B. S. Castellanos quiere aparecer como un fiel narrador de los que vio y transmitir su experiencia, sus conocimientos a los niños y los mayores que quizás ignoren ciertas costumbres. Por eso, dice a propósito del «*Papasal*»: «... bueno será que lo dejemos consignado aquí para que lo aprendan los niños que no lo sepan»⁷⁰.

En otras ocasiones, el juego aparece como el argumento de unos cuentos o relatos cortos y los niños se convierten entonces no sólo en espectadores o lectores sino en protagonistas de una historia a menudo edificante. En *La Educación Pintoresca* por ejemplo, cuando Joaquina García Balmaseda dedica sus cuentos a los «Juegos de niñas», y las lleva a la escena, quiere sacar cada vez una moraleja de las anécdotas contadas, y se vale de la madre como intérprete de sus ideas. Esta aparece como un personaje esencial, ya que siempre está presente para vigilar, aconsejar, ayudar, a veces prohibir. En realidad, al adoptar el molde ameno del cuento, la escritora quiere, a la vez, distraer a las niñas con la lectura, incitarlas a practicar bien ciertos juegos, y, sobre todo, dirigirse a los padres y más particularmente a las madres para que cuiden sobre todo de la educación moral de sus hijas.

El relato de los juegos en esta ocasión viene a ser no sólo un tema literario sino un ejemplo edificante y formador, tanto para las madres como para las hijas. Sin embargo, bien puede afirmarse con Carmen Bravo Villasante que Joaquina García Balmaseda muestra un sincero interés por el bien de los niños:

«Lo que sí es cierto es que esta mujer ya conoce a los niños y sabe lo que les gusta, que no es poco en estos tiempos de tanteos en el género infantil»⁷¹.

Además, los cuentos abogan por una mayor participación de los padres de familia ya preconizada, como lo vimos, por *El Semanario Pintoresco Español*. El retrato crítico de la madre de una de las heroínas de Joaquina García Balmaseda, Clara, nos permite adivinar cuál debe ser el papel real de la madre de la familia. En efecto, la escritora la presenta en estos términos:

⁶⁸ *Ibid.*, tomo III, p. 204.

⁶⁹ *Ibid.*, tomo III, p. 180.

⁷⁰ *Ibid.*, tomo III, p. 274.

⁷¹ BRAVO VILLASANTE, C, op. cit., p.110.

«... madre mas cariñosa que instruida, que creía cumplir su deber proponiéndose llevar á sus hijas al mejor colegio que hubiese en la corte, privándoles por consiguiente de esos rudimentos que se graban en caracteres indelebles en la mente del niño, de esas primeras lecciones de religión y virtud, que solo se reciben en el regazo maternal»⁷².

Al fin y al cabo, queda comprobado que el interés por los juegos infantiles a mediados del siglo XIX, que podría a primera vista aparecer como un deseo de librar al niño de la pesada sujeción de la educación, no es en la mayoría de los casos sino un medio disimulado para seguir aleccionando al alumno fuera de las horas lectivas. Según Carmen Bravo Villasante, habrá que esperar las publicaciones de finales del siglo para que los niños puedan disfrutar verdaderamente leyendo revistas infantiles lejos de «(...) aquellos martirios pedagógicos de principios y mediados de siglo»⁷³.

Conclusión

Al contrario de la política educativa del siglo XVIII que parecía negar a los juegos su carácter didáctico e indispensable al equilibrio de la infancia, a mediados del siglo XIX, notamos gran interés por las diversiones a través de varias revistas que, por primera vez, toman al niño como un interlocutor privilegiado. Pero, a pesar del acento puesto en el carácter popular de los juegos descritos, estos artículos no pueden sino dirigirse a una clase particular de muchachos: los que saben leer y sobre todo a los padres de las clases acomodadas y de la burguesía incipiente. Empieza a nacer la necesidad de una literatura específicamente juvenil, pero las obras y revistas son aún muy escasas, como lo lamenta el *Semanario Pintoresco Español* de 1852:

«Pocas y no muy escogidas son las lecturas que hasta ahora se han puesto en España al alcance de la infancia: no se explica en verdad cómo en una época en que tanto se imprime, se ha cuidado tan poco de procurar pasto variado, instructivo y ameno a la vez, para la inteligencia de los niños»⁷⁴.

En la educación del niño, el papel de los maestros y preceptores es innegable pero no puede concebirse sin una participación activa de los padres, cuyo papel es primordial como lo subrayan diferentes tratados y revistas de la época. La disponibilidad y atención de la familia son indispensables para la futura formación intelectual y moral de los hijos y es necesario que los padres observen a los pequeños, hasta en sus ocupaciones más inocentes —por ejemplo los juegos— pues éstos aparecen como un fiel revelador del carácter infantil. Como lo recalca el *Semanario Pintoresco Español* de 1851, la tarea educativa de los padres es:

«... un deber sagrado, incesante, que exige todos sus desvelos. Así que no pueden mirar con indiferencia sus juegos, porque tal vez una virtud puede ahogarse en gér-

⁷² *La educación pintoresca*, tomo IV, p. 68.

⁷³ BRAVO VILLASANTE, C, op. cit., p.110.

⁷⁴ *Semanario Pintoresco Español*, n.º 11, p. 86-87.

men entre los placeres de la infancia porque el vicio espía los corazones inocentes para cebarse en ellos»⁷⁵.

La misma idea aparece, aún más desarrollada, en *El Museo de los Niños*: el juego es un verdadero terreno de observación para los educadores; a partir de su examen, pueden sacar deducciones, mejorar sus principios educativos y corregir sus prejuicios. Dicho de otra manera, el juego será útil para rectificar ciertos errores pedagógicos, adaptar la educación a los gustos del joven:

«El juego y la diversión es la primera idea del hombre, puesto que aun en la cuna le ocupa ya, y con el juego y á su auxilio se desarrollan sus facultades físicas e intelectuales pudiendose conocer por él mejor que por medio alguno, la índole natural de un niño, su complexión y carácter y hasta sus inclinaciones; esta es la razón por la que debiera estudiarse bien á los niños en sus juegos; porque de esta observación podrían emanar la buena dirección con que, mejorando ó moderando sus instintos naturales, se les educase sucesivamente para hacerles honrados ciudadanos y pudieran señalarles con acierto la manera en que pudieran servir con mayor éxito»⁷⁶.

Así pues, el niño aparece cada vez más como un personaje muy importante, y su formación —tanto física como moral— es primordial, ya que condiciona el futuro del país. El interés por la educación, ya iniciado con los Ilustrados se amplifica a mediados del siglo XIX, y poco a poco va apareciendo una mayor atención a la psicología infantil. Se considera al niño con sus caracteres específicos y los docentes se esfuerzan por concebir su educación, a partir de sus inclinaciones y características propias. El interés por los juegos se entiende fácilmente dentro de tales conceptos educativos, pero es indudable que se les otorga demasiado valor formativo y el deseo de dispensar el mayor saber posible sigue siendo una obsesión de los educadores. Las revistas juveniles que van cobrando auge, se dirigen más a un público de mayores que de niños, por el carácter complejo y arduo de muchos de los temas tratados. El testimonio muy crítico de Ramón de Satorres en el *Semanario Pintoresco* de 1852, acerca de la enseñanza podría convencernos de que queda mucho por hacer para que los niños puedan jugar sin reservas, en plena libertad y tranquilidad de espíritu. Esperemos que la realidad no corresponda exactamente al juicio pesimista y severo que nos presenta en estas líneas:

«La educación de los niños se ha fundado hasta ahora en la máxima de que es preciso prepararlos á ser hombres. (...) Bajo su influencia se ha levantado una inmensa máquina intelectual, con que se ha abrumado la razón de los niños que empezaba á despuntar. (...) En la ansiedad de hacer hombres, se ha mutilado la vida humana...»^{77*}.

⁷⁵ *Ibid.*, 1951, n.º 48, p. 377.

⁷⁶ *El Museo de los Niños*, tomo IV, p. 132.

⁷⁷ *Semanario Pintoresco Español*, 1852, p. 226.

* Esta relación sobre los juegos queda muy imperfecta e incompleta; es obvio que sólo hemos tratado de escoger entre los juegos los más significativos y conocidos. En efecto, tan sólo en *El Museo de los Niños*, B. S. Castellanos presenta más de ochenta juegos con sus variantes.